

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.164

PENAGOS, EL DIBUJANTE DE LA MUJER



LLÁ por el año de 1855 lamentábase Teófilo Gautier de que los artistas de su tiempo habían olvidado su noble y definitiva misión: la de reflejar la época. La fuerza creadora, al manifestarse en forma idealista o realista, ya propendía a un exaltado clasicismo, ya derivaba en la más grosera y burda de las fealdades. Tan sólo uno, de entre los expresivos

sensibles, logró por entonces dar idea exacta de la sociedad, hábitos y costumbres. Tan sólo uno supo recoger en su trazo la frívola psicología de grisetes y estudiantes, damas, gentlemen, artistas y danzarinas a la moda. Su lápiz, a modo de implacable bisturi, fué penetrando en cada una de las figuras representativas de su inspiración, y cruel y despiadadamente fué mostrando su anatómica compleción. Gavarni posó su mirada escrutadora en los varios elementos que en torno suyo giraban, y de ellos extrajo la esencia pura que los animara, sin descaracterizarlos jamás. Fué el comentarista de un período de la historia francesa, plena de color y donaire, de cuya obra puede sacarse tanta enseñanza como de la meditada, extendida en libros, folletos, revistas y diarios, por sabios documentados y estudiosos espíritus especulativos.

Sirvan igualmente las anteriores líneas al nombre de Penagos. ¿Puede darse un artista más libre de influencias extrañas, ni que mejor haya sabido, en una síntesis reflexiva, dar forma a los intérpretes que desempeñan de un modo un poco inconsciente su papel en la escena actual?

Es cualidad primordial en la razonada producción artística fundir y lograr una unidad, reduciendo toda la multitud de los componentes sugeridores a un análisis en el que aparezca como nota diferencial el carácter predominante del creador. La frase anecdótica, velada por la suprema ficción del arte, al depurarse en el crisol del compendiador de bellezas, muéstrase ya con estilo propio y alcanza su preponderante magnitud cuando analizando valores y eliminando motivos logra el ideal estético, en ocasiones más importante que el que se realiza en el complejo de lo real.

Rafael Penagos, constante y exaltado amante de la realidad, goza, sin embargo, de la perfecta voluptuosidad del asunto, tal vez porque ha centrado su inspiración principalmente en el sujeto más importante de las armonías vivas: en la mujer; y aun cuando ha lle-

gado con idéntico entusiasmo a todas las figuras de todas las clases sociales, en la condición femenina es donde ha sabido penetrar quizás con más desenfada y dominadora desenvoltura.

La mujer creada por Penagos, resultante de la vida y el ambiente actual,

nos puede hablar del perfume, la flor, el indumento y el baile a la moda. Recorre teatros, cabarets, halls de grandes hoteles, concursos, playas y Casinos en boga, y su cuerpo espigado, fino y ondulado de púber griega, sabe adaptarse el sombrero, el complemento que conviene a su vestimenta, el modelo lanzado por el modisto que priva y que crea la línea que recoge y divulga el mundo de las elegantes. Más flexible que la *girl* de Gibbons, sabe más de la vida y la goza más ampliamente, tal vez porque la mujer creada por Penagos se complace más sinceramente en todas las sensaciones de la pasión.

Cuando los hábitos y las postumbres actuales caigan en poder de futuros juzgadores, la obra de Penagos será tenida por un inagotable y variado centón, de donde podrá extraerse la sutil, la variada, la fina psicología de la mujer de hoy. Con sus tipos de sintética personalidad podrá reconstruirse el día de una madrileña de mundo o de una modelo de taller, de una entretenida, como de la que pone en el hogar toda su honesta laboriosidad y amorosa guarda. Pero al rendir el tributo a la belleza moderna, lo hace el artista con una pulcritud y una cortesía peculiar. Siguiendo el consejo del poeta, sabe acercarse con respeto a las más pequeñas y a las más altivas, a las que son distraídas y a las que piensan, a las que ríen y a las que lloran, porque todas ellas saben cosas que nosotros no supimos, y aun tienen luz en una lámpara que nosotros ya hemos perdido. Y todavía, para completar su intento, el respeto con que sabe acercarse a la mujer no le veda una cierta procacidad de buen tono, acaso por creer, como Stendhal, que para conocerlas un poco más es necesario atreverse a todo.

Diferénciase la obra de Penagos de la producción general artística por una nota de buen gusto, elegancia que se exterioriza, no sólo en la simplicidad de la línea, sino en el acorde cromático. No hay sino recordar sus innumerables carteles anunciadores. Si el cartel, según la popularizada frase, es un grito en la calle, el grito de Penagos es de una eufonía inconfundible. No es jamás una estridencia, ni una nota detonante y quebrada que hiere y suspende por lo mortificante; es siempre una cadencia, de la que trasciende la solidez del re-



RAFAEL PENAGOS, CARICATURA POR ARISTO TÉLLEZ, EL GENIAL DIBUJANTE ARGENTINO

LA FARÁNDULA DE ANTAÑO

LA COMEDIANTA AZOTADA

cuerdo clásico, sabiamente revestido con el ropaje más moderno. Del mismo Gavarri se decía que Humann, el famoso modisto, le seguía en las siluetas y atavíos de sus creaciones artísticas, por lo que nadie como él supo recubrir el cuerpo de la mujer con la grave severidad de un terciopelo negro. De igual modo Penagos, en la simplicidad de una falda, en lo vaporoso de una pluma, en la levedad de una gasa, en la sencillez de una cinta, de una flor, de un abalorio, encuentra el tema complementario de un báculo, de unos ojos garzos, del óvalo de un rostro, de la lisura de un brazo, de la suave curva de una pierna o la lozanía de un seno.

En Penagos persiste la duda de si es la Naturaleza la que crea el arte o el arte a la Naturaleza. Al añadirle Penagos

a sus siluetas excelencias, gracias y virtudes, transfigura lo real en algo que lo real recoge luego para depurarse, apropiándose estas mismas excelencias, gracias y virtudes. Esta selección que el artista lleva a cabo y que compete con la portentosa obra generadora, redime de impurezas lo simplemente visto, y conformándolo a la noción ideal, eleva al más alto grado de belleza la escueta realidad. Y es que en todo artista, venero profundo de sensibilidad, existe aptitud suficiente para tañer la flauta de Antigénides, en la que por impulso y ansiedad de insospechado descubrimiento, encontraron sonido armónico los ecos de la selva y los libres murmullos de las aguas.

C. PALENCIA TUBAU

IDEAS GENERALES

LA IDIOSINCRASIA ESPAÑOLA

ESPAÑA no es, como dice Cajal, un pueblo de degenerados, sino de atrasados, de desnutridos. Porque no comemos lo bastante nos hemos quedado atrás, y eso es todo. Somos hombres de buena voluntad, y aun de moralidad relativamente sana, en medio de la anarquía de principios que constituye nuestro ambiente; pero incapaces para la acción por falta de altos objetivos, de ideales. El español está, si no contento, por lo menos resignado con una vida mediocre. Lo cosa es poder vivir, aunque sea entre penas y fatigas. Todos reniegan de la vida y dicen «esta arrastrada vida»; pero como son fatalistas y creen que es así porque así debe ser, nadie hace nada por mejorarla. Nuestro principal defecto es creer que las cosas son fatalmente como son y que no pueden ser de otra manera. Por doquiera, el fantasma inflexible del Destino. «Contra él no se puede—decimos—; hay que conformarse.» Los que creen, humillan la frente y exclaman, resignados: «Dios lo quiere así.» La resignación nos ha perdido y nos pierde. Es la castradora máxima. Cuando un pueblo se resigna es porque toca a su fin, porque se recoge a esperar la muerte.

La Muerte. Los españoles pensamos demasiado en ella. Desde que empezamos a tener uso de razón, en la escuela, en la iglesia, en el hogar, no se nos habla de otra cosa. Es la Irremediable, la Inevitable y, lo que es peor, dada nuestra idiosincrasia, la Imprevista. Viene cuando menos se la espera, sin reparar en lo que estamos haciendo. Siglos de literatura, de religión y de arte dedicados a la Muerte, pesan, cohibiéndola para entregarse ampliamente a la Vida, sobre el alma española. Los hombres cultos no temen a la Muerte porque saben que la Muerte no existe. Y por eso laboran y avanzan, pensando en los que han de venir y sabiendo que los que han de venir no serán otros que ellos mismos. Pero el pueblo, inculto y, por tanto, egoísta, encierra toda su filosofía en estas palabras: «Para cuatro días picares que va uno a vivir!...» Mas no es sólo el vulgo, por su incultura, el que piensa y siente así. Da lástima y vergüenza y miedo el espectáculo que ofrecen nuestras juventudes escolares. Estos estudiantes Medicina soñando en el pueblecillo donde puedan tener buenas igualas; aquéllos aprenden Derecho pensando en la carrera judicial; otros se licencian en Ciencias o en Letras, sin otra aspiración que la de llegar a catedráticos. Y los que

no pueden costearse carreras tan largas se preparan para Correos, para Aduanas, para Hacienda, en fin, para algo oficial que tenga el sueldo seguro.

¡Lo seguro! Lo seguro es lo pequeño, lo ruin, lo miserable. Lo grande es lo inseguro, lo que exige de nosotros una lucha constante y tenaz, la de asegurarlo instante por instante. Las madres entonan siempre la misma descorazonadora canción en los oídos de sus hijos: «Hijo mío, lo seguro es lo comido; más vale pájaro en mano que ciento volando...» Sin advertir que así les cortan las alas a sus hijos. Mientras nos tentó lo inseguro, lo desconocido, fuimos grandes. Y hoy hemos quedado reducidos a esta pequeñez porque no somos capaces ni de poner los pies sobre una tabla sin mirar antes si está bien segura.

Ambicionar, entre nosotros, parece indicar algo malo y detestable. Ambición es sinónimo de egoísmo. Uno que ambiciona es tenido por un sér innoble, odioso, sin corazón ni entrañas. Cuando uno que quiere elevarse cae sin haber llegado arriba, y se estrella, las gentes no le compadecen. «Le está bien empleado—dicen—, por ambicioso.» La ambición es una Furia, un caballo desbocado que pasa en frenética carrera, hollándolo todo, sobre la muchedumbre de los resignados, de los humildes, de los que nada ambicionan. «La ambición rompe el saco», nos aconsejan. Los unos, por mal entendido amor, y los otros, movidos por la envidia, temerosos de que lleguemos, merced a nuestra ambición, adonde ellos no llegarán nunca, por carecer de la palanca divina.

¡Ambición! Debía aparecer un poeta portentoso que la cantara con versos como latigazos por todos los ámbitos de España. El ideal es el fin y la ambición la fuerza que nos ha de llevar hasta él. Hombres y pueblos, para llegar a ser grandes, tienen que ser ambiciosos.

Así, sin ambición ni ideales, para dar pábulo a nuestra imaginación, viva y fértil, los españoles nos vemos obligados a caer en la charlatanería. Y en la vagancia para poder charlar sobre los dos únicos motivos de nuestra dinámica espiritual: los toros y la política. De no tener los toros—el sedante máximo para la inquietud y la fogosidad de nuestro temperamento—, acaso nos viésemos obligados entonces a tener ideales. Como a ejercitarnos en cosas útiles si no dispusiésemos de la estéril palestra de la política.

Enrique DOMINGUEZ RODRÍO

Moza bravía, maja de rompe y rasga y mujer de prestancia antes que buena cómica; fué Maria Teresa Palomino, a quien por el apellido que llevaba, harto conocido en el vivir farandulero, dieron en llamar sus camaradas y el vulgo «la Pichona».

Sin duda que esta real hembra equivocó el camino.

Ella, por la viveza de su genio, la bizarría de su estampa y el fuego de su sangre, venía más para ser una Pepa «la Naranjera», y por haber sido cómicos los encargados de traerla al mundo cuajó en comedianta. (Fueron sus padres Antonio Palomino y Francisca Vallejo, «la Paloma».)

Revolviendo las crónicas de nuestro viejo teatro, apenas si se halla algún vestigio que dé fe de su excelencia en el arte de representar; pero, en cambio, topábase a cada paso referencias de su carácter pendenciero y desaprensivo.

En este punto si que dió quince y falta a la Ladvenant, a «la Caramba» y a «la Tirana», aunque como actriz no valiera ni para atarles a estotras las galgas de los chapines...

Desde que casó con su primer marido, José Martínez Gálvez, «autor» de compañías, comenzó ella a tirar su hermosura al vertedero de la deshonestidad.

De continuo andaba en pleitos de celos con galanes y cortejos, y diz que con la ya dicha Maria Ladvenant (gloria y prezo de la escena de su tiempo) intentó un proceso criminal «sobre palabras y otras cosas».

El infeliz marido se llenó de tanto oprobio y vergüenza, que por quedar bien con el mundo le pareció lo mejor morirse, aunque, ciertamente, no se sabe cuándo ni de qué enfermedad; pero es de suponer que fuese de un «tabardillo pintado».

Ella no se acongojó por tan triste percance; pensaría que así quedaba más libre, y siguió bogando por los placenteros cauces de su desordenada vida.

Bien pudo hacer buena aquella letra que dice:

«No hay lindo ni currutaco
que se me ponga a la vera,
que yo no le saque el alma
prendida en la madroñera...»

Ya había entrado con mucho garbo en el otoño de su vivir, cuando apareció en la corte un hidalgo de la más rancia nobleza asturiana, llamado don Ildefonso de Coque, que por amor de la bizarra comedianta tiró los pergaminos y se encaramó en el carro andariego de la Farándula.

El tal era lo que se llama un buen mozo y más joven que ella en diez años, cuando menos; pero aquella soberbia estampa, aquella voz cálida y melosa cuando quería arrullar y el fuego de aquellos ojos negros, igual cuando miraban con mimo que cuando lanzaban centellas de odio, trastornaron del todo el juicio del noble mayorazgo, y no sabiendo qué sacrificio de amor estaba bien ante tanta bizarría, se ofreció a ser su segunda víctima por palabras de presente, como manda la Santa Madre Iglesia.

«La Pichona» parece que se casó esta vez verdaderamente enamorada, y pensó que había hallado el puerto de refugio en que estarse amarrada pacíficamente hasta que Dios fuese servido; pero como ya se ha dicho que su nuevo cónyuge era

harto galán y de excelentes prendas personales; así por el ameno trato como por el fino ingenio, nada común entre los cómicos de su tiempo, comenzó a tener satélites femeninos, entre ellos una de las principales damas de la corte; con que los celos dormidos de la cómica comenzaron a despertar, y fué volver a las andadas, así en las pendencias como en los trapicheos, porque pensó que no había mejor forma de responder a los agravios del infiel consorte que pagándole en la misma moneda.

El hombre, que parece que habíase hecho a las voces, como dicen de los pájaros de la vega, se le dió una higa de todo, y entrando, por los años de 1790, en la compañía de Juan Ponce, se consoló de las deshonestidades de su mujer con el cariño de la primera dama, Josefa Figueras.

Aunque «la Pichona» no dejaba de cobrarse la ofensa aprovechando los recaldos de su hermosura con quien bien le parecía, quiso llevar demasiado adelante el odio a su marido, y no se le ocurrió cosa mejor que enviarle como agasajo por su santo unas cuantas libras de rapé y... entablar al siguiente día la demanda de divorcio, pidiendo el embargo de bienes.

Quiso la mala ventura del ahidalgado comedianta que en esta diligencia encontrárase el tabaco «conyugal», y aunque declaró lo que en ello había de cierto, fué procesado por el delito de contrabando y condenado a cinco años de destierro, a pesar de tener tan buenos valedores como el duque de Arcos y el corregidor Armona, que imploraron inútilmente al testarudo Carlos III.

Al fin, el hombre, para verse libre de aquella arpía que colgóse al cuello en forma de mujer, determinó seguir el camino de su antecesor y murióse hacia el año de 1795.

Entre las aventuras más provechosas de la bizarra hembra y que trascendieron a los mentideros de la villa con todo el aparato y comentarios que su interesante argumento requería, figuran las que tuvo a bien correr con los duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli.

Ambos aristócratas disputáronse las gracias, ya un tanto añejas, de «La Pichona», y a ninguno de ellos les dió cuidado de que sus alcurniados nombres fuesen más traídos y llevados en los vestuarios de los corrales y en el mentidero de los cómicos que en las antecámaras de Palacio.

Pero una de las duquesas que ayudaban a llevar el título a los usías determinó cortar el martelo con las armas del ridículo.

Pagó y adiestró muy bien a unos lacayos y a unas mozas de su servicio, y les mandó que cuando la cómica y su excelencia estuviesen holgándose en el Prado con más descuido, tomasen a aquella por su cuenta, y, cojeando el volumen de las faldas, como dijo don Ramón de la Cruz en «El Muñuelo», la vapuleasen de lo lindo.

Como la vengadora de sí misma pagó el capricho en oro y aseguró con toda su influencia la libertad de los azotadores, cumplieronle éstos tan al pie de la letra, que todos los paseantes del «Prado» pudieron gozar de la función.

Y de allí en adelante ni el rijoso duque ni la desenfuelta «Pichona» volvieron a verse...

Diego SAN JOSÉ

DE LA SORIA
= ANTIGUA =

SAN JUAN DE DUERO

A otro lado del puente, y a la izquierda del río, existen las artísticas y venerables ruinas de la iglesia y claustro de un antiguo monasterio sanjuanista, que, a pesar de la gran importancia arqueológica que tienen, por fuera pasan del todo inadvertidas. De ahí la grata sorpresa que al penetrar en su recinto se experimenta.

A primera vista, la iglesia es uno de tantos pequeños y humildes templos románicos, de una sola nave, tramo rectangular y ábside semicircular, construido de hormigón de tapial, con algunos refuerzos de sillería en zócalos, esquinas y cornisas, en la robusta espadaña del imahfronte, en las jambas y archivoltas lisas de las dos puertas de sus hastiales, y en los marcos de sus pocas, altas y estrechas ventanas, que difundían escasa luz.

En esta desmantelada iglesia, donde ahora se arrullan las palomas y hacen sus nidos las golondrinas, sólo quedan de su antiguo pavimento algunas desgastadas losas de caliza en el presbiterio, al que, a juzgar por su desnivel, debió ascenderse por unas gradas. Una bóveda apuntada y un cascarón, aparejados con sillarejos, cierran el coro y el ábside. Pero se ignora cómo fué la primitiva cubierta de la nave; si bien, dado el poco espesor de los muros y la ausencia de contrafuertes, nos hace suponer que debió tenerla de madera, y de tres zonas, para dejar libres los arcos gemelos de las campanas.

Fuera de los dos elegantes capiteles de hojas y piñas del arrogante arco de triunfo, apoyados sobre dos semicolumnas adosadas, nada extraordinario ofreció esta iglesia, de tipo completamente rural, hasta que, tomando posesión de ella los románticos caballeros de San Juan, se arrimaron en los rincones de la nave con el coro dos pequeñísimas capillas, que le dan fisonomía propia inconfundible e importancia singular.

Pues se trata de dos arcaicos temple-

tes sobre columnas; es decir, de dos rarísimos *ciborium*s de aquellos que tanto empiezan a escasear ya a partir del cisma griego, desapareciendo casi por completo en el siglo XIII, a que éstos pertenecen.

He aquí la excepcional importancia arqueológica de ambos edículos, deplorablemente medrada, con su abandonado altar, donde en remotos días el sacerdote de Dios celebraba el santo e incruento Sacrificio. En cada uno de ellos, cuatro haces de columnas cuádruples, reunidos en grandes capiteles—uno exento y tres adosados—prestan apoyo a abocelados arcos de medio punto que sustentan: los del lado de la Epístola, un cierre de cuatro caras planas apoyadas en sencillos fustes, que estriban en pequeñas y raras ménsulas, y los de la izquierda, una bóveda apoyada en cuatro recios baquetones, que arrancan de otros tantos apoyos análogos a los anteriores. Apareciendo aquél disimulado al exterior por una tosca envoltura cónica de mortero, y ésta por otra semiesférica de la misma pasta.

Con labra burda, pero expresiva, los cuatro capiteles del *ciborium* de la derecha representan: la Anunciación de Nuestra Señora; la Visitación de María a su prima Santa Isabel; el Nacimiento, con la Virgen echada y el Niño en alto, al que prestan calor la mula y el buey, todo ello de modo análogo a como aparece el mismo pasaje en una de las policromas vidrieras de la catedral de Chartres; reyes y pastores camino de Belén, con sus ofrendas respectivas; la providencial huida a Egipto de la Sagrada Familia, protegida por un ángel; Herodes meditando la espantosa idea que le imbuye el espíritu del mal, entre sangrientos episodios de la Degollación de los Inocentes, donde infelices madres, transidas de dolor, son brutalmente despojadas de sus tiernos pequeñuelos, que, por orden del tirano, los soldados descuartizan a su vista; contrastando con

tan terribles escenas, la gloriosa Resurrección del Señor, simbolizada en el rincón. En los fantásticos del lado del Evangelio, donde predominan luchas de guerreros y centauros con distintos monstruos, emblema de las pasiones, se destaca, junto al vacío sepulcro de un desconocido abad, el orgiástico festín del incestuoso Antipas, donde, por complacer a Herodías, la lúbrica danza de Salomé causa la trágica muerte de San Juan Bautista.

La casa conventual debió estar al norte del templo, como parecen indicarlo: un vano de arco redondo abierto a media altura de ese muro y en su parte posterior—que, probablemente, fué la entrada a un coro alto—, y un paso que existe detrás del ábside, en comunicación con el claustro, que se extiende por el sur, entre la vetusta iglesia, del siglo XII, y la antigua huerta que aquellos «clérigos con espuelas» aquí tuvieron junto al Duero.

El incomparable claustro de San Juan es un verdadero alarde de la más exuberante y rica fantasía, donde sus venerables piedras, de suaves matices y cálidos tonos, alcanzan las más variadas formas que en un feliz momento de sublime inspiración ideara un anónimo y genial artista.

Distribuido en cuatro partes desiguales, de modo que la arquería de cada ángulo es completamente distinta de las demás, empieza, frente a los pies del templo, por una serie de severos arcos redondos sobre pares de cortas columnas apeadas en un poyo corrido, como tantos otros que figuran en los apacibles claustros románicos de los antiguos monasterios y escondidas abadías. Sigue hacia el ábside otro ángulo con arcos lanceolados, que voltean sobre macizos haces de columnas cuádruples, estribados en basas crucíferas. Continuando con otras dos columnatas de dobles arcos cruzados y trasdosados, donde culmina todo el arte y la bizarra fantasía del autor. Audaces arcos ultrasemicirculares, que se entrelazan buscando apoyo en robustas pilastras estriadas, constituyen la primera. Formando la última y más elegante de todas, una gentil galería de esbeltos arcos, levemente apuntados, que voltean sobre finas columnas gemelas, erguidas sobre banquetas, que a la dorada luz del sol poniente adquieren delgados y metálicos reflejos.

Realzan este mágico conjunto tres airo-sas puertas con ojivas tímidas, una en cada uno de sus tres chaflanes, y otra, tan original como atrevida, en el macizo del centro del ala del Mediodía.

Las de los ángulos inmediatos al camino de Rentebias son iguales, apoyando su gallarda ojiva sobre impostas y jambas lisas, apareciendo su aboceladas dovelas recorridas por una archivolta en zig-zás. Pero la más admirable, la más



CIBORIUM DE SAN JUAN DE DUERO

fastuosa, la más proporcionada de líneas, que constituyen un verdadero prodigio de armonía, con su arrogante arco ojival sobre columnas, con su archivolta rehundida en zig-zás—como las otras—y además con los codos y las jambas con estrias, es la del tercer chaflán, que enfrenta con la primera. Siendo acreedora de especial mención la curiosísima puerta de clave colgante que, frente a la de la huerta, exorna el macizo del centro del lado opuesto a la iglesia.

Digna del claustro es la variada colección de capiteles que lucen tres ángulos del mismo, pues el primero, de arcos cruzados, carece de aquéllos por voltear sus dovelas sobre bien entendidas y disimuladas zapatas. En el pilar del rincón de la arcada románica se destaca la tierna y arcaica alegoría del Buen Pastor, cuyo origen data de las Catacumbas, y en el macizo inmediato la milagrosa Resurrección del Salvador. Los haces de columnas cuádruples aparecen coronados por hermosos capiteles reunidos: unos, foliados; otros, fantásticos; o bien con inspiradas lacerias de puro gusto oriental. Campea la flora en los acampanados capiteles de la última arquería de arcos dobles, salvo en los trenzados de factura bizantina, que exornan las dos columnas de la encantadora puerta del chaflán.

El púdico velo del misterio que flota sobre estas ruinas les presta un encanto más, ya que sólo es dado suponer que, allá en los gloriosos días del siglo XIII, cuando ocupaba el solio un Rey Santo, los bizarros caballeros de la soberana Orden de San Juan se labraron esta maravillosa residencia, cuyos restos, que tantos y tan variados problemas plantean al investigador espíritu del arqueólogo, en 1882 fueron, justamente, declarados monumento nacional.

Pelayo ARTIGAS



CLAUSTRO DE SAN JUAN DE DUERO



EL TROVADOR ERRANTE



CUENTO PARA NIÑOS POR SARA INSÚA

Pues señor, este era un rey que tenía tres hijas: Dalia, Margarita y Violeta. Dalia era muy hermosa, blanca y sonrosada, con ojos muy negros y muy brillantes, y sobre la frente, altiva, unos tirabuzones más negros que los ojos, que parecían estar esperando la corona real.

Margarita no tenía que envidiar nada a su hermana, si bien su belleza era de un estilo muy distinto. Las mejillas, pálidas; los ojos, azules, como dos enormes turquesas, y una cabecita rubia siempre alborotada, demasiado frágil quizá para sostener una corona.

Ya me olvidaba de la pobre Violeta; tan sencilla, tan modesta, tan insignificante resultaba al lado de sus hermanas. Pero, así como la violeta tiene sobre la dalia y la margarita la superioridad de su aroma, había en el rostro de la más joven de las tres princesitas una dulzura más atrayente tal vez que la belleza.

Una noche, como de costumbre, estaban el rey y sus hijas, rodeados de las damas de honor y de los gentileshombres de cámara, en un salón del palacio.

De pronto, se oyó en el jardín la música de un laúd. Todos quedaron sorprendidos, y hasta a ellos llegaron distintamente las estrofas de una canción.

—Entérate—dijo el rey a uno de sus pajes—de cómo ha llegado hasta aquí ese bardo y qué es lo que desea.

No tardó en regresar el enviado.

—Señor—dijo—, es un trovador que recorre el mundo, sin más compañía que su musa ni más riqueza que su laúd. Canta para todo el que ame la música y la poesía, y los centinelas le han dejado pasar seguros de que no había de hacer ningún mal.

—Cierto—dijo el rey—; ningún mal puede hacernos un pobre trovador. Tráele aquí y nos deleitará con sus lindas canciones.

Pronto estuvo el cantor errante en presencia del rey, que lo acogió benévolo. Dalia hizo un gesto desdenoso ante su traje raído y empolvado; le pareció un sér ridículo, indigno de postrarse al pie de las gradas de un trono. Margarita contempló su figura esbelta, sus ojos grandes y oscuros y su recortada cabellera color caoba, encontrándole interesantísimo y encantador. Violeta creyó adivinar bajo su ropilla de terciopelo azul un alma buena, y quedó tranquila.

Entretanto, el bardo había pulsado de nuevo su laúd y comenzado la canción que poco antes cantara bajo las ventanas. Durante gran parte de la noche resonó la voz del gentil trovador en medio del más profundo silencio.

Al fin, comprendiendo el rey que debía estar cansado y que ya era hora de que todos se retirasen, ordenó a un mayordomo que le instalase en una habitación con todo lo necesario para pasar una buena noche.

Pero el trovador no estaba cansado ni tenía sueño, y desdeñando el lecho mullido y la succulenta cena que le habían preparado, fué a ponerse de codos en la ventana. Ante él extendíase el inmenso jardín, blanco de luz de luna, y la gran masa del palacio ponía en él manchas negras e irregulares. Frente a la ventana en que estaba el trovador, en una explanada de finísima arena, se proyectaba un cuadro de luz, y en él se dibujó una, silueta femenina.

—¡Qué casualidad!—se dijo el trova-

dor—. Estoy sobre el aposento de una de las tres princesas... Veamos cuál de ellas es...

Y sin esperar más, se descolgó fuera ágilmente; sujetándose a las cornisas y a los salientes del muro, llegó con facilidad a la ventana iluminada y miró. En vuelta en una bata de seda cuajada de encajes, y sentada majestuosamente delante de un gran espejo, Dalia se contemplaba, absolutamente satisfecha de sí misma. Estaba realmente hermosa, y el trovador, seguramente sin saber lo que hacía, saltó dentro de la habitación.

rió, y, haciendo a la indignada princesa una graciosa reverencia, salió por donde había entrado, con la mayor tranquilidad.

Pero en vez de subir a su cuarto, se dejó caer en el jardín, quizá para meditar entre sus frondas sobre los insultos con que le acababa de obsequiar la soberbia Dalia.

Llevaba algún tiempo paseando, cuando gracias a la luna, que bañaba la fachada del palacio, distinguió en una terraza una figura blanca.

—Está es otra—pensó.

—¿Llegar a mí?—preguntó la princesa—. ¿Y por qué? No hay distancias para el amor; por el codo se salta.

—¿Haríais vos eso?—preguntó el bardo, mirándola admirado.

—Lo haría, sí.

—Entonces, ¿queréis compartir conmigo la vida?... Mañana, a esta misma hora, vendré a buscaros, y tal vez perdáis un reino, pero el mundo será vuestro.

Y se deslizó por la columna de mármol. Sin embargo, tampoco volvió esta vez a su cuarto, sino que continuó paseando por el jardín como si desease una nueva aventura. Amanecía. Por la avenida de tilos apareció la princesa Violeta.

A la muda y respetuosa reverencia del trovador respondió:

—Mucho madrugáis, señor trovador.

—Tenía el presentimiento de que había de veros, señora, y quise tener esa inmensa dicha antes de alejarme de aquí para siempre.

—¿Para siempre! ¿Tan mal os hemos tratado que no queréis volver?

—¿Volver, señora! ¿Para qué? ¿Para sentir mi pequeñez y mi ruindad al pie de la cumbre que nunca podré escalar?

—Todas las cumbres pueden escalarse si se emprende la subida con valor y perseverancia. El mundo es muy grande y ofrece caminos en donde el que no nació de alta alcurnia puede alcanzarla... sobre todo si le anima una esperanza...

—Esa esperanza...—repitió el trovador—, ¿seríais vos?

—Marchad—respondió la princesa—y volved, caballero; yo os esperaré...

El trovador se inclinó profundamente, y Violeta le vió alejarse por una alameda cuyo fin se perdía de vista.



Unas horas más tarde, cuando el sol reverberaba en la fachada blanca del palacio, los redobles de cien tambores y los sonidos de otras tantas trompetas sorprendieron a sus habitantes.

El rey llamó a sus hijas, mandó que se abriesen las puertas, y ante el asombro general, sobre todo de las tres princesas, apareció el trovador ricamente vestido, ciñendo su frente una regia corona, llevando en la mano un cetro de oro y seguido de un brillante séquito.

—Hijas mías—dijo el rey—, os presento al príncipe Eginardo, mi vecino. Debea elegir esposa entre vosotras, y a fin de estudiar vuestros caracteres me suplicó que le permitiese pasar una noche de incógnito entre nosotros. Su guardia de honor le esperaba en las afueras de la ciudad, y ahora va a decirnos con cuál de vosotras tres ha de compartir su reino.

Ya lo habréis adivinado: la elegida del príncipe fué Violeta, que ni le rechazó altiva ni le acogió demasiado democrática, sino que había sido sensata y buena.

Dalia palideció de despecho; su desmedido orgullo le había hecho perder una corona. Margarita entornó los ojos, desilusionada. «¡Bah!—pensó—, un príncipe, qué vulgaridad!» Y el príncipe Eginardo comprendió lo acertado de su elección. Violeta, además de ser la más buena de las tres princesas, era la más hermosa, porque a la dulzura de su rostro se unió el resplandor de la verdadera felicidad.

Sara INSÚA

Dibujo de BARTOLOZZI.



La princesa se puso bruscamente en pie, ahogando un grito que su orgullo no le permitía lanzar, y desafiando al intruso con su mirada altanera, le dijo:

—¿Qué vienes a buscar aquí? ¿De este modo agradeces la hospitalaria acogida con que te ha honrado mi padre?

—Perdonad, señora—respondió humildemente el trovador—. Sólo vuestra hermosura es culpable de mi osadía. Os amo, señora, y...

La princesa pasó rápidamente de la sorpresa a la indignación.

—Desaparece pronto de mi vista, vil vagabundo—dijo—. ¿Cómo ha podido pronunciar tu lengua despreciable tan enorme desacato?

El trovador la oía, con sus grandes ojos oscuros muy abiertos; después son-

Margarita se paseaba envuelta en una túnica de gasas, contemplando alternativamente la luna y las estrellas. Al advertir la presencia de nuestro héroe, se adelantó, sonriente, y diciendo con la más suave entonación:

—¿Venís a contemplar la luna desde aquí, gentil trovador? ¿Verdad que nunca ha brillado tanto como esta noche?

—No puedo contemplar la luna, señora, porque hay ante mi vista una hermosura mil veces superior...

—¿Es posible—interrumpió la princesa—que haya nada más bello y más digno de ser amado que la luna?

—Más bella, más poética y más digna de ser amada sois vos, señora, que os habéis adueñado de mi corazón... Pero, perdonad; había olvidado que no puedo...

LA VÍCTIMA DE SUS IDEAS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE RICARDO BEYN

I

A nadie pareció extraño, conociendo el carácter violento de Emilio, que castigara en el rostro de Román la insidia con que pretendiera poner en tela de juicio su hombría. Emilio tenía fama de valiente. No era uno de tantos militares en quienes se supone el valor. Por méritos de guerra había ascendido a comandante antes de cumplir treinta años y lucía en su pecho muy preciadas condecoraciones. Era, además, puntilloso hasta la exaltación en cuestiones de honorabilidad, tanto, que más de una vez había incurrido, inconscientemente, en exageraciones propias de espadachines profesionales. En las salas de armas se le reputaba como campeón invencible, porque la fortaleza de su brazo, unida a la agilidad felina de su cuerpo y a su serenidad imperturbable en los momentos de mayor peligro, le hicieron temible entre los duelistas. Batirse con él equivalía a un suicidio premeditado. Y el Honor, ese implacable fantasma que no admite excusas sentimentales y que carece de comprensión y de piedad, obliga a no pocos hombres a tales suicidios.

Nadie tan versado como Emilio Hinojar en achaques de duelos. El mismo Cabriñana le reconocería como árbitro. No había cuestión dudosa que diera pretexto a la constitución de un Tribunal en la que no tuviera que intervenir como asesor. Para las gentes pacíficas que miran con prevención a los espadachines, que ven en el duelista un matonismo reprochable, Emilio no podía ser simpático. Había tenido cinco lances fustados, en que las víctimas escaparon a duras penas de la muerte; y esto, que se debía a circunstancias puramente fatalistas, porque no fueron la crueldad ni el odio los que impulsaron su acero, sino la trágica ignorancia de sus adversarios, le había envuelto en una atmósfera de pública aversión. Para disiparla le fué preciso demostrar en Marruecos, con temerario heroísmo, que su valor no se debía a la pericia de su espada ni a la inferioridad de sus contrarios, sino que era una cualidad espontánea de su temperamento. No obstante, había en ello mucho de irreflexión, porque Emilio, tanto al batirse como al dar una carga al frente de sus hombres, no pensó nunca en que pudiera perder la vida, y confiaba siempre en su hado, aquel hado protector que en sus tiempos de estudiante le hacía sacar la bola de la lección que mejor sabía y que obligaba a enfermar, en los días de exámenes, a los catedráticos más severos para que fueran sustituidos por inexpertos auxiliares, ingenuos y bonachones, sin ningún espíritu de hostilidad.

En el fondo, Emilio era buena persona. Camarada leal, noble adversario, sin vanidad ni altanería. Dijéranlo si no sus soldados, para los que extremó siempre la solicitud y benevolencia. En sus días de campaña marroquí se merecía porque se citara su nombre preferentemente, y hasta solía rogar a sus superiores que incluyeran en las listas de losados a compañeros que necesitaban hacer méritos para el logro de alguna recompensa. Jamás intrigó para figurar en las propuestas de ascensos, ni hizo cuenta del favoritismo irritante con que más de una vez se le pospuso a quienes nada realizaron para merecer galardos.

nes. Ni daba importancia a su arrojo ni entendía la vida de campaña de otra manera que guerreando. Para las acciones difíciles, y aun para las de menos brillantez, se ofrecía voluntariamente, ganoso siempre de pelea. El había ido a Marruecos a jugarse la vida en brava lid, y no a cobrar pluses por entretenidas partidas de tresillo, o, como algún compañero afortunado, a ganar ascensos por medio de valedores políticos.

Pero llegó un momento en que su rápida progresión jerárquica despertó recelos en el alto mando. Y empezaron a soliviantarle las intrigas y dificultades creadas de intento a su gestión. Su po-

gas de toda intervención en Marruecos. Hasta que la coacción obligó al ministro de la Guerra a desautorizar su campaña y prohibirle la publicación de sus opiniones. El espíritu de Cuerpo, minando incluso las raíces de los afectos nacidos al calor de la camaradería, hizo olvidar sus buenas cualidades. Aun para sus mejores amigos, Emilio fué considerado como un elemento perturbador, dañoso para los prestigios del Arma a que pertenecía.

II

Aquella popularidad que tantos disgustos le proporcionara le sirvió, en cambio, para captarse el amor de Asun-

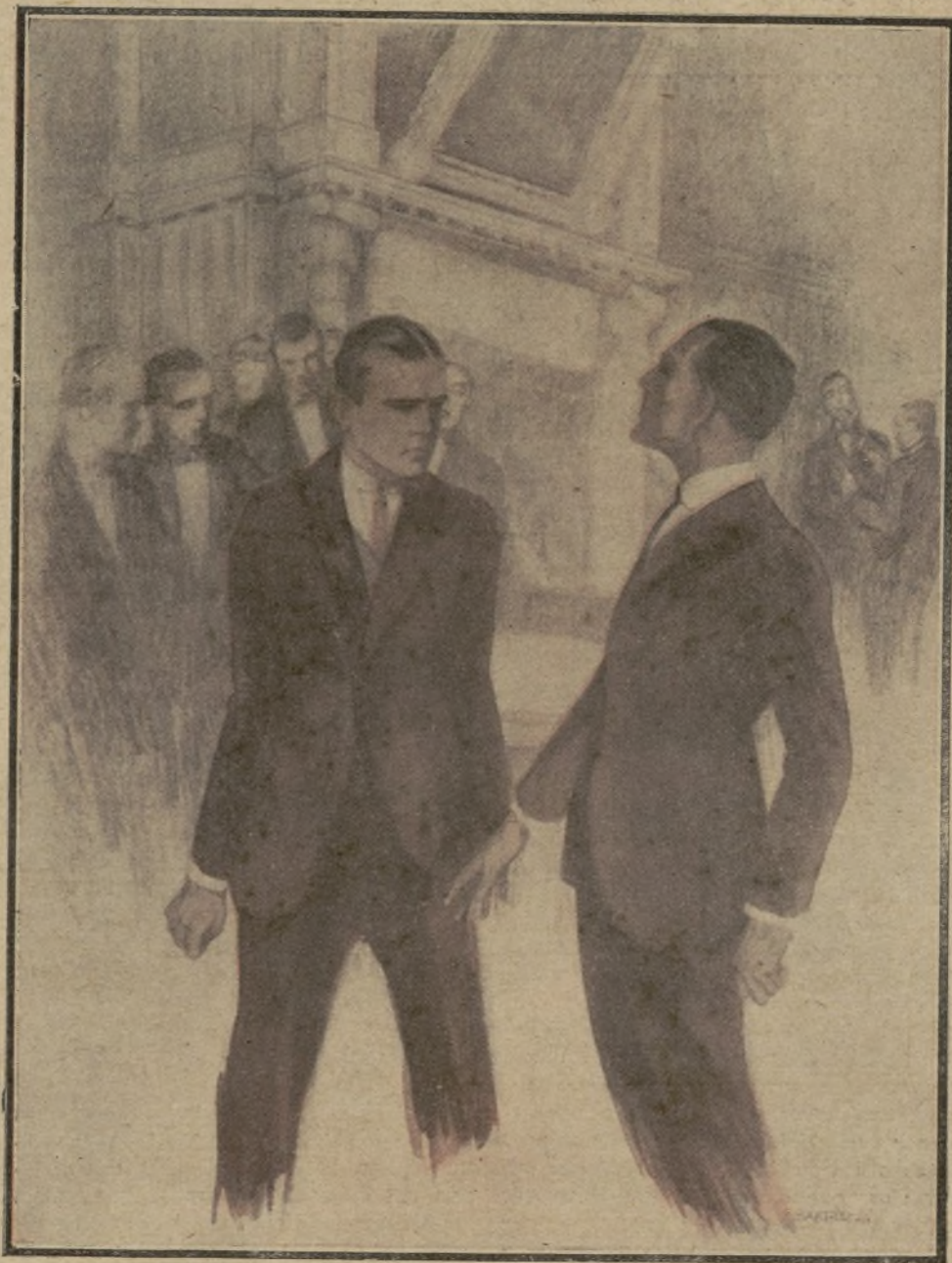
injusticias de que se le quería hacer blanco, a menos que un grande y poderoso amor desviase su vida hacia caminos apacibles. Hasta entonces, Emilio nunca supo del verdadero amor. Creía estúpido encadenar su voluntad a frívolos amores, sin otras consecuencias que perder el tiempo. Amante o esposa; pero noviazgos indefinidos, no. Y como a su caballerosidad repugnaba la seducción burladora, esquivaba todo conato de idilio para no caer en el matrimonio, porque juzgaba, como Bonaparte, que la única victoria posible contra el amor es la huida.

Pero al estratega más experto le fracasarían todos sus planes de defensa al poner asedio a su alma una mujer tan bonita como Asunción. Contadas veces pudo mostrarse la Naturaleza tan pródiga. Asunción era un magnífico ejemplar femenino: la concepción exquisita de un Fidias unida a la delicada ternura de un Leonardo. Porque había en ella mucho de la serena gracia de Mona Lissa y de la apetitosa atracción de las mujeres rubensianas, como si el Tiziano y Boticelli fundieran sus cromatismos en una idealización suprema.

Asunción no había tenido nunca novio, y esto era el más poderoso incentivo para la amorosa purificación con que Emilio la nimbaba. Siempre había opinado que la mujer que fuese su esposa no había de llevar al matrimonio ni el más remoto recuerdo que pudiera despertar las suspicacias de los maldicientes. Creía que la fragilidad femenina era tanta como la perversión moral de los hombres, y recelaba aun de los más inocentes coqueteos. Su concepto calderoniano del honor conyugal no admitía, en cuanto a la esposa, ni un frívolo entretenimiento juvenil en el pasado. Jamás halló justificación a ningún adulterio, por muy culpable que fuera el marido, y no ocultaba su desprecio para cuantas se olvidan de la fidelidad que deben al esposo.

Sus charlas con Asunción, en los días de noviazgo, solían versar siempre sobre lo mismo: el culto idolátrico al Honor. No toleraba excusas morales, ni mucho menos ningún imperativo pasional que pudiera empañarlo. Por el Honor había que sacrificarlo todo: afectos, intereses, conveniencias, hasta la propia vida. Tan exaltadas eran sus frases, tanta fogosidad ponía en ellas, que su novia acabó por sentir análoga sugestión. Mientras no estuvo convencido de que Asunción pensaba así no decidió casarse. Tenía demasiada importancia este paso para darlo impremeditadamente. Su mujer había de tener modelado el espíritu a semejanza del suyo; que existiera en sus caracteres una perfecta compenetración; que aceptase como dogmas sus principios morales. También había de renunciar a sus lujos de señorita adinerada y caprichosa, para someterse a las restricciones inherentes a lo moderado de su sueldo. Emilio no podía aceptar dotes ni ayudas pecuniarias, porque no lo estimaba lícito. Lo mismo que él se avenía por amor a modificar sus hábitos de soltero, sometiendo gustoso a la estrechez económica que el nuevo estado imponía, ella estaba obligada, en justa correspondencia, a aceptar la transición sin juzgarla sacrificio.

En vano trataron sus suegros de persuadirle de que ese criterio era absurdo y que no debía extremar de tal mo-



lítica de caudillaje, de conquista, acen- tuadamente militar, no era del gusto de los que se pronunciaban por la pacificación del soborno y la beligerancia a los bandidos rifeños. Pronto surgieron los antagonismos: primero un coronel, luego un general, impugnaron su táctica. Hubo disputas violentas y hasta se le amenazó con sumariarle. Asqueado de aquella pugna, solicitó y obtuvo la repatriación. Unos artículos bravamente sinceros, de honda crítica, acrecentaron la densidad de aquel ambiente hostil. Se le calificó de jaque, de ambicioso, de despechado. Molestaba su juventud arrogante, su rudeza para defender la verdad. A falta de pretextos para combatirlo, se le achacaba el propósito de adular a las extremas radicales, enemi-

ción. Le fué presentada en un teatro por un diplomático argentino—y no hay que decir escritor, dados su cargo y nacionalidad—. Asunción oía hablar mucho de Emilio, unos en pro, otros en contra, pero reconociendo todos su bravura. Romántica y novelera, prendóse del héroe más que del hombre. Y eso que el joven comandante no precisaba, para ser grato, el aditamento del heroísmo.

A poco de conocerse, Hinojar ya no sabía vivir sin verla. Necesitaba un remanso donde aquietar la turbulencia de su espíritu, y soñaba con que fuese Asunción la que obrara el milagro de refrenar sus nervios. Lo ansiaba así porque demás comprendía que, colocada ya en la pendiente, no le sería fácil amordazar su indignación contra las

do su delicadeza. Hinojar alegaba que buscaría nuevas ocupaciones para reforzar sus ingresos a medida que las necesidades lo exigiesen. Quería alejar la posible sospecha de que buscara en aquella boda algo más que el logro de su amor, y habría desistido del matrimonio al persistir ellos en el propósito de señalarle una pensión espléndida. A tal extremo llevaba sus convicciones.

III

Entre el temple moral de Hinojar y el de su adversario, mediaba un abismo. Román era un sér abyecto, capaz de todas las infamias, tan podrido de corazón como de naturaleza. En una sociedad viril hubiera merecido implacable repulsa. Pero la cobardía y la insensibilidad daban beligerancia a este cínico, por el hecho de ser un formidable tirador de pistola. De Román se contaban las acciones más viles, desde la explotación de mujeres sin pudor hasta el asalto a las mesas de juego. Y sin embargo, Román era una influencia entre los personajes y cotizaba a buen precio el miedo de los demás. Ningún Casino se atrevía a expulsarle; ningún señorón le negaba el saludo. Y eso que Román, como si quisiera envolver a todo el mundo en el propio lodo de su vileza, de nadie hablaba bien ni había mujer honrada a la que no salpicara su ponzoña. Era un sér perverso y despreciable en quien el valor culminaba en la más refinada crueldad. Iba a los duelos como a una fiesta, y se permitía el alarde de brindar sus certeros blancos a las esposas o amantes de sus víctimas. Matón de ventaja, procuraba siempre ser el ofendido para imponer las condiciones, porque toda su maestría como tirador de pistola trocábase en inferioridad cuando el arma elegida era la espada o el sable.

Su odio a Emilio no tenía otro origen que el haber sido preferido por Asunción. Román había intentado poner cerco al caudal de la joven cuando fué presentada en sociedad y los cronistas de salones agotaron los adjetivos en alabanza de su belleza. Aunque ella respondió siempre con desdén a sus reiterados requerimientos, esperaba vencerla por tesón, aislándola de toda posibilidad de un matrimonio más ventajoso. Firme en tal idea, alejaba a todos los pretendientes, provocándoles cuestiones personales. Hasta que Hinojar llegó y fracasaron sus desplantes y majezas. El joven comandante tenía tan probada su bravura, venía de Marruecos con tal aureola de temeridad, que el cínico no quiso contender con un adversario de ese temple. Pensó entonces en vencer sin dar la cara, empleando las maniobras más infames: a ella le mandaba anónimos, en los que se afirmaba que Hinojar tenía un hijo, y a Emilio se los enviaba poniendo en duda la honestidad de su novia. Pero tampoco triunfaron estos procedimientos, porque los enamorados supieron despreciar aquellas calumnias, aunque para Asunción no pasó inadvertida la procedencia.

La celebración de la boda colmó el despecho del miserable. Y como nunca faltan amigos piadosos que gozan con la desdicha ajena, hasta Hinojar llegaron los ecos de aquella implacable hostilidad, para él insospechada. Su carácter impulsivo no le consintió confirmarlo, sino que una mañana, evitando toda exhibición, fué a la casa del cínico y le obligó a retractarse, luego de injuriarle a su antojo. Román negó cobardemente que tuviera ninguna malquerencia hacia su persona, y fingiéndose sincero hi-

zo protestas de admiración y simpatía. Ni Emilio creyó sus palabras ni el otro desistió de vengarse. Durante unos meses extremó la prudencia; pero Hinojar seguía recibiendo confidencias amistosas que le prevenían contra el rufián.

En la posibilidad de provocar un encuentro, cuantos habían sido objeto de alguna impertinencia por parte del matón echaban leña a la hoguera del recelo, con la esperanza de que el joven comandante fuese el vengador de todos. Pero Hinojar frecuentaba poco el Casino y esto estorbaba el deliberado propósito de colocarles frente a frente. Llegó a percatarse de que se trataba de una hostigación malsana, y ello acució su alejamiento de aquel ambiente corrompido. Asco sentía hacia Román; pero no

gar la ofensa. Y públicamente, en plena sala de juego, le abofeteó a su antojo. Hubo las consabidas consecuencias: nombramiento de padrinos, señalamiento de condiciones y hora de encuentro. La galería de honorables estaba servida. Podían ya frotarse de gusto las manos. Un verdadero hombre de honor, un valiente cabal, iba a dejarse asesinar por un sér abyecto. Los paladines del Honor desplegaban las banderas del júbilo ante aquella víctima propiciatoria...

IV

Hinojar se revolvía en el lecho presa de gran agitación. Jamás había sufrido en trances semejantes un desasosiego tan invencible. Por primera vez en su vida le preocupaba un desafío. Y en ver-



menós asco le inspiraba aquella soñada cobardía de los que, para vengar sus agravios, querían utilizar su bravura. Acabó por refugiarse en su hogar, por no buscar más distracciones que la compañía de Asunción, a la que la maternidad, desarrollando plenamente la plasticidad estatuaría, había completado su sin igual hermosura. La realidad, con sus contrastes y miserias, iba haciendo germinar en la conciencia de Emilio un escepticismo amargo hacia los llamados hombres de honor. Si el Honor no tenía otros valedores, mucho había degenerado el culto. ¿No quedarían acaso más devotos sinceros que él y el legendario alcalde de Zalamea?

Lo inevitable llegó al fin. En el Casino comenzó a decirse en voz alta que Emilio y Román se temían, que esquivaban el choque, que eran dos valientes de «doble». Y aprovechando los efectos de una borrachera, sugirieron al rufián una carta de agravio. Tan pronto fué a manos de Emilio, se apresuró a casti-

dad que había razón sobrada para sentir inquietud. Dada la indiscutible maestría del adversario, para el que nunca hubo blanco difícil, las condiciones del duelo eran realmente terribles: tres disparos de cada parte, desde treinta pasos el primero, avanzando cinco en cada uno de los demás y con puntería de dos segundos. Para aminorar en lo posible la superioridad enorme de Román, los contendientes dispararían al mismo tiempo, y si no quedaba uno fuera de combate luego de cruzar las seis balas, se batirían a espada, en asaltos indefinidos de cinco minutos. Era lo que se llama un duelo a muerte, de ineludibles consecuencias trágicas.

Pero Emilio no confiaba, como en otras ocasiones, en su buena estrella. Los reveses de su campaña militar le habían hecho un tanto supersticioso y presentía un desenlace fatal en aquel lance funesto. Román iba al desafío lleno de odio, con el siniestro propósito de matarle. Por algo sus padrinos hicieron hincapié

en la cláusula de la puntería. Y como Hinojar había desdeñado siempre el ejercicio de la pistola, abrigaba la certidumbre de que su contrario le asesinaría a mansalva. No obstante, ¿cómo rehuir el encuentro? Era ya tarde para alegar la indignidad de su adversario. De no haber aceptado el nombramiento de representantes y autorizado la actuación de los suyos, hubiera sido posible provocar la formación de un Tribunal de honor que declarase descalificado a Román. Esto hubiera sido lo prudente, ya que él no necesitaba probar su valor y eran públicas las razones en que podría fundamentar la incapacidad moral del cínico. Mas, aunque hubiere ocurrido así, ¿no pensarían aquellos hombres de honor, tan inflexibles cuando jugaban con la vida ajena, que ese alegato era la mascarilla del miedo? A fe que lo achacarían a cobardía y no a razonados escrúpulos caballerescos. Dados los antecedentes de la cuestión y los comentarios hechos alrededor de aquella enemistad, no cabía otro recurso que batirse. Claro que, puesto en el caso inexcusable de hacerlo, pudo sacar mejor partido de su situación si en vez de ir a castigar la ofensa en el rostro del rufián le hubiera enviado dos amigos, que por su calidad de agraviado impusieran las condiciones del lance. Pero estas reflexiones eran ya pueriles una vez concertado el duelo. Sin duda la fatalidad había intervenido, convirtiendo en trágicas unas circunstancias que pudieron ser inocentes. Esta creencia espoleaba su superstición y aumentaba su desasosiego. ¿Sería posible que él, que tan ciegamente había derrochado su bravura, sintiera ahora miedo ante la pistola de su enemigo?

Su pundonor de hombre le movía a persuadirse de que no sentía pavor; pero la conciencia, implacable, le revelaba que, efectivamente, temía morir. Para acallar este pánico, que por momentos se hacía más imperioso, entablaba un coloquio mental con su propio corazón: «¿Por qué temer a la muerte? ¿No es la muerte el supremo descanso, la liquidación de todos los afanes e inquietudes, la anhelada paz eterna de los espíritus rectos? En realidad, ¿merecía vivirse una vida en la que para unos minutos de felicidad menguada había, en cambio, muchas interminables horas de amargura?» El fantasma del Honor, aquel terrible ídolo fatalista que había orientado su existencia hacia credos inexorables, le mostraba con un trágico gesto que su deber era morir.

No obstante, algo muy imperativo, y que hasta entonces no se le había manifestado, le gritaba de manera persuasiva: «Morir por la patria es honrarse a sí mismo. Pero dejarse asesinar villanamente es una estupidez. La Vida tiene encantos que sólo se comprenden cuando se está al borde de la tumba. El Honor, como otras muchas religiones, ampara a no pocos fariseos despreciables. No hay, en puridad, más sanción justa que la conciencia. Si el prejuicio social impone un deber, la Vida reclama imperiosamente sus fueros. No es el más valiente el que teme a la opinión ajena, sino el que desafía sus censuras para cumplir los dictados de la Razón. La moral que se basa en el daño de los seres a quienes debemos proteger, es una moral absurda. Es preferible ser buen padre y buen esposo a ser, sacrificando a los nuestros, un hombre honorable. Mira a tu alrededor y di si esa sociedad, en cuyo holocausto piensas dar la vida, es merecedora de tanta abnegación. ¿No ves cómo los hombres honrados están en minoría y apenas logran malvivir? ¿No podrías hacer una lista interminable de hombres moralmente descalificados, que conviven y medran en

tre los que se titulan hombres de honor? Y la generalidad de esos hombres de honor, cuyo fallo tanto temes, ¿no está formada de profesionales del matonismo?...»

El reloj avanzaba sus manecillas, aproximándose a la hora fatal. A medida que el tiempo se iba, Hinojar sentía enfriarse el corazón y el cerebro, y amaba más el tibio halago de su lecho confortable. En la tremenda pugna de su conciencia social con su conciencia filosófica, la Vida tiraba de él con seductoras caricias. Y la Vida, espléndida, juvenil, rozagante, llena de ternura y de goce, estaba simbolizada en Asunción, que, ajena a la tragedia que se cernía sobre su hogar, dormía tranquilamente, con la sonrisa de un ensueño...

Emilio, oprimido el corazón ante la certeza de lo irremediable, quiso saborear a su antojo, como inefable despedida, la contemplación de aquel cuerpo excelso. Venus no estaría tan hermosa. La propia Friné hubiera envidiado aquella armonía estatuaría. Y fué la Vida la que, con el ritmo augusto del amor, impuso su fallo placentero...

V

Hinojar se dió cuenta de lo que pue- de el prejuicio social cuando el Tribunal de honor dictó su sentencia inapelable expulsándole del Ejército. Convenido estaba de que el prejuicio era solamente un fantasma hipócrita. Pero la realidad, implacable, se burlaba de Emilio, mostrándole cómo se imponía a las

conciencias aquel fantasma. De nada sirvieron su brillante historia militar, sus servicios al país, la austeridad de su conducta, ni aun la certidumbre de que su adversario era un sér recusable, indigno de convivir con personas honradas. El Código del honor no tenía para este caso efectos retroactivos ni eximentes justificativas. Tal vez, en el fondo de sus conciencias, aquellos honorables jefes que con toda solemnidad se habían reunido para exonerar a un compañero, sentían bochorno de su acción. No es posible creer que se despoje a un hombre de la consideración social y se le quiten los medios de vida sin sentir remordimiento. Pero el fantasma del Honor podía en ellos más que la propia conciencia.

Al ver con qué fría indiferencia truncaban su vida los que fueron camaradas y amigos, Hinojar sintió pena. La depresión anímica venció a la indignación. Pudo lanzar, a su vez, acusaciones, recusar a algunos de los que se erigían en jueces. Pero prefirió callar, porque de antemano sabía que su caso estaba prejuzgado, y que a la descalificación, por no asistir al desafío, sucedería su expulsión del Ejército. Sin embargo, esperaba que aquellos de quienes conocía faltas graves se inclinarían a la piedad, ya que habían sufrido el dolor de verse amenazados con análoga sentencia. No fué así: unos permanecieron indiferentes al escuchar la lectura del fallo, y otros hicieron ostensibles demostraciones de asentimiento. Sólo dos se

conmovieron sinceramente y se retiraron del Tribunal disimulando la congoja.

Salió a la calle como un sonámbulo. Una extraña opresión le dificultaba el ritmo cardíaco y ponía en sus sienes sacudidas punzadoras. Recordaba con melancolía lo estéril de su juventud, tan llena de arrogancias y generosos impulsos, y quería rebelarse contra la ceguera de una sociedad corrompida, en la que la expresión del honor es el matonismo. Pero ya le faltaban fuerzas para luchar. Sabía que nadie daría la cara en la contienda y que lo mismo que subrepticamente se le eligió para víctima propiciatoria de un rencor malsano, subrepticamente también se le haría el vacío si osaba rehabilitarse.

La Puerta del Sol reanimó un poco su decaimiento. Aquel bullicio de la abigarrada multitud, el pregonar pintoresco de los vendedores, el oleaje intenso de la circulación y, sobre todo, aquel sol espléndido que policromaba las cosas, le hicieron comprender que su fracaso no era irremediable. Nadie preguntaba a aquellos seres que deambulaban contentos si tenían honor. La Felicidad no sentía escrúpulos morales cuando llamaba a la puerta de algún elegido. Por fortuna, él estaba limpio de toda abyección. Si tantos otros, piruetistas del Código civil, pícaros contumaces, iban del brazo de la honorabilidad, convirtiéndola en Celestina de sus trapisondas, ¿por qué no había de vivir él, en paz con su conciencia?

Como un oasis se le ofrecía el hogar

ante su imaginación conturbada. A pesar de todas sus predicaciones, tenía la convicción de que para su esposa lo primero era su cariño, sobre todos los prejuicios sociales. Y seguro de que era así, le parecía empresa fácil rehacer su vida, alejado de aquel ambiente hipócrita a cuya sequedad espiritual habían arrojado su honor, como carnaza a los lobos. No contaba Emilio con que la fatalidad es inexorable con sus víctimas. Al llegar a su domicilio, la criada le entregó una carta de Asunción. Nerviosamente rasgó el sobre. El presentimiento le hizo adivinar su contenido: «Tú me educaste en el culto idolátrico al Honor. No debe, pues, extrañarte que me aleje de quien no ha sabido defenderlo.» Esto decía aquella a cuyo amor había sacrificado Hinojar todo su orgullo de hombre y aun la consideración de las gentes. Romántica y novelera, respondía con un desplante ridículo a una pasión pocas veces igualada. El golpe era demasiado fuerte para resistirlo. Alocado, empuñó el revólver para arrancarse aquella vida tan baldía en sus frutos espirituales. Pero al apoyar el cañón en la sien, de la cuna salió un sollozo. Era su hijo el que lloraba, que, en su inocencia, parecía protestar contra la orfandad. Emilio tiró el arma; corrió hacia la cuna, cubrió al niño de besos y, entre lágrimas, mientras la criatura sonreía, formó el firme propósito de acallar su dolor y vivir para ella...

Ricardo BEYN

Ilustraciones de BARTELOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Regreso al Paraíso, por Teixeira de Pascoaes. — Admirablemente traducida por Fernando Maristany, escritor tan docto en cuanto se relaciona con la literatura lusitana, a la que se debiera prestar en España un preferente interés, y precedida de un valioso prólogo de Leonardo Coimbra, se acaba de publicar una de las obras más bellas del gran poeta portugués.

Memorias de un industrial de nuestro tiempo, por Pedro Gual Villalbi. — Siendo los problemas económicos la característica de la época actual, este libro, dedicado a su estudio, con gran amplitud de horizonte y acopio de datos, en forma amenísima, asequible aun para los más legos en la materia, no sólo resulta interesante en grado sumo, sino instructivo sobremanera, lleno de enseñanzas del más positivo valor.

Cuando florezcan los rosales, por Eduardo Marquina. — La Biblioteca Literaria de Autores españoles y extranjeros acaba de lanzar al público la segunda edición de esta bellísima comedia de Eduardo Marquina, una de las obras más honradas de nuestro gran poeta y dramaturgo.

Obras poéticas de Espronceda. — Dirigida y precedida de la biografía del autor por el ilustre escritor José Cascales Muñoz, se acaba de publicar, en un primoroso volumen, la colección completa de todas las obras poéticas conocidas hasta el día de nuestro gran lírico, dispersas hasta aquí, y hasta olvidadas o extraviadas en gran número. Este homenaje al primero de nuestros poetas románticos, que tiene todos los caracteres de una gloriosa resurrección, debe ser recibido con gran júbilo, pues con él se recupera para las letras patrias un incalculable tesoro. La biografía de Espronceda, escrita por José Cascales Mu-

La canción de la esperanza

La esperanza es un pájaro de color de ceniza,
y en mi cárcel de ensueños la esperanza agoniza.

La esperanza es brumosa. ¡Ay del triste que espera
a que llegue entre brumas la novia primavera.

La primavera llega casi siempre tardía,
cuando el alma está muerta por la melancolía
en que alumbre otro sol y en que nazca otra aurora,
y el corazón se cansa de esperar esperar la hora.

Mientras, pasan los días en un hosco cortejo
de sombras y torturas y el Dolor se hace viejo...

¿Quién espera a la nave en la opuesta ribera?...
¡La esperanza es brumosa! ¡Ay del triste que espera!...

Armando BUSCARINI

ño, es, aun siendo breve y sucinta, sin la engorrosa acumulación a que son tan dados los eruditos profesionales, la más justa, imparcial, verídica y completa de cuantas se han compuesto hasta la fecha.

Nuestro paisaje espiritual, por Carlos Bosch. — Este culto escritor, tan conocido principalmente por sus luminosos trabajos de alta crítica musical, desarrolla en su último libro un interesante estudio del «arte como derivado de la vida y su representación». Rico en ideas de fuerte originalidad y escrito en un bello estilo, *Nuestro paisaje espiritual* es un libro hondo, en el que palpita una noble ansiedad estética.

Tinieblas en las cumbres, por Ramón Pérez de Ayala. — En la nueva edición de esta hermosa novela se reproduce este autógrafo del maestro Pérez Galdós: «Le diré en breves palabras que de su libro *Tinieblas en las cumbres* diría poco si dijese que me ha gustado. Me ha encantado, me ha embelesado; lo tengo por una obra maestra de la literatura pica-

resca. Verdad, gracia, sentimiento, realidad, idealidad, todo hay en él. Y en riqueza de léxico no creo que nadie pueda igualarle.»

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502. — MADRID — Sagasta, 14

Últimas novedades:

	Pesetas.
GUIDO DA VERONA:	
<i>Rayo de sol</i>	5
<i>El loco de Candalaor</i>	5
<i>Yvelise</i>	5
MARCELINO DOMINGO:	
<i>La isla encadenada</i>	4
JOSÉ FRANCÉS:	
<i>Dos hombres y dos mujeres</i>	5
PÉREZ DE AYALA:	
<i>Tinieblas en las cumbres</i>	5
MANUEL MACHADO:	
<i>El mal poema</i>	4
BENLLIURE Y TUERO:	
<i>La desconocida</i>	4
GUTIÉRREZ GAMERO:	
<i>Poderoso Caballero</i>	4

Librerías, estaciones y RIVADENEYRA:

GRAN VÍA. 8

LUBRIFICANTES «OLGOMTRA»

La popularidad alcanzada por los aceites lubricantes «Olgomtra» es consecuencia de su divulgación entre profanos y profesionales, debido a la gestión laboriosa e inteligente de los miembros de la Empresa, Sociedad Española de Elementos Industriales, que en pocos años ha conseguido colocarse en primera línea, como proveedora especializada en el ramo de lubricantes.

La Sociedad Española de Elementos Industriales abastece a Compañías de ferrocarriles, de electricidad y a un considerable número de fábricas y talleres y garages de toda España. Con este mercado de la marca «Olgomtra» se afirma cada vez más la reputación del producto, aumentando considerablemente la importancia de las ventas, que alcanzan actualmente una suma superior a 150.000 pesetas mensuales.

Da idea del intenso trabajo desplegado el hecho de que la entidad Sociedad Española de Elementos Industriales empezó, sólo hace seis años, con un capital de veinte mil pesetas, teniendo hoy, completamente desembolsado, un capital de quinientas mil. Los hombres que integran la Sociedad de referencia son fuertes temperamentos comerciales y, seguros del negocio y avezados en el ambiente de la lucha, decidieron establecer delegaciones con depósito en Barcelona, Gijón, Valencia, Alicante, La Unión, San Sebastián y en otras plazas cuya instalación estudia actualmente la alta dirección del Consejo de Administración de la Sociedad, que tiene establecido en Madrid su despacho comercial en la calle de Carranza, núm. 16, teléfono J. 20-23.

Con esto pretendemos demostrar que los aceites «Olgomtra» pueden adquirirse hasta en pequeños pueblos de la Península, con la garantía de su pureza y a los precios que exige una bien enterada competencia.

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID